

*Cuadernos
de
CLASPO- Argentina*

**Inseguridades, incertidumbres y modos
de regulación en los sectores populares.
Un abordaje sobre las representaciones sociales
y lógicas de acción en un barrio
del conurbano bonaerense**

DAMIÁN GUSTAVO CORRAL

15

JULIO 2006

Los *Cuadernos de Claspo-Argentina* tienen como objetivo difundir los resultados de las investigaciones que se han llevado a cabo en el marco del Grupo de Trabajo sobre Políticas Sociales y Desarrollo Comunitario Auto-sustentable en Perspectiva Comparada.

Indice

1. Introducción	3
2. El miedo como problema político	4
3. Individualización e integración social: dos perspectivas	5
4. (Des)protecciones sociales e (in)certidumbres políticas	8
5. La Paloma: inseguridad civil, laboral y débil acción colectiva	10
5.1. El miedo a la inseguridad	14
5.1.1. Cartografías del temor	14
5.1.2. Nosotros y los miedos. El otro invasor y el otro interno	15
5.1.3. Regulación de los miedos. De los dispositivos preventivos a los códigos de negociación	20
5.2. Desempleo y precarización laboral: incertidumbre, riesgo y resignación	22
5.3. Desconfianza hacia el otro <i>político</i> y <i>vecinal</i>	25
6. Reflexiones finales	27
Anexo	30
Bibliografía	31

© CLASPO-Argentina, Buenos Aires, 2006.

Grupo interinstitucional de trabajo entre el Instituto de Desarrollo Económico y Social, la Universidad Nacional de General Sarmiento y la Universidad de San Andrés, mediante un convenio con el Center for Latin American Social Policy (CLASPO), University of Texas at Austin. El Proyecto cuenta con el apoyo de la Fundación Ford.

Equipo Coordinador: Carlos Acuña (UdeSA), Elizabeth Jelin (IDES) y Gabriel Kessler (UNGS).

Para la reproducción del material deberá citarse la fuente.

Inseguridades, incertidumbres y modos de regulación en los sectores populares. Un abordaje sobre las representaciones sociales y lógicas de acción en un barrio del conurbano bonaerense

DAMIÁN GUSTAVO CORRAL *¹

1. Introducción

La búsqueda por conjurar los efectos de distintos tipos de amenazas, fragilidades y miedos ha sido un rasgo característico de los grupos sociales que transitaron por la historia de la humanidad. La ciencia dio respuestas a las disímiles enfermedades que la naturaleza provocaba y la constitución del Estado puso freno y reguló la violencia y el afán egoísta de los individuos. En la modernidad, las instituciones socializadoras, reguladoras del conflicto y de control restituyeron la vitalidad de un resquebrajado pacto social.

¿Pero qué sucede cuándo la confiabilidad de las instituciones modernas está en retroceso y se asiste a la fragmentación del cuerpo social? Entre el contexto de descomposición social y el intento precario de dar alguna respuesta –individual-colectiva, racional, mágico-carismática, institucional, comunitaria– se despliega un escenario sombrío de pérdida irrecuperable y búsqueda urgente; territorio donde se *presentifica* el miedo. Para Roxana Reguillo:

“El miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida. Como forma de respuesta, se trata del plano de lo individual; sin embargo, la sociedad es la que construye las nociones de riesgo, amenaza y peligro, y genera modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos –nociones y modos de respuesta– según los diferentes períodos históricos” (Reguillo, 1998: 5).

* Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). Dirección electrónica: <dcorral@ungs.edu.ar>.

¹ Mi agradecimiento a Juan Cruz Contreras. Conjuntamente trabajamos en esta línea de investigación.

En tanto Ulrich Beck plantea que la sociedad transita de “*una comunidad de la miseria*”, propia de la sociedad de clases, a la *comunidad del miedo*”, propia de la sociedad de riesgo; “estamos en una época en la que la solidaridad surge por miedo y se convierte en fuerza política” (Beck, 1998: 55).

Entendiendo el miedo como la percepción de una amenaza exterior pero también como una emoción “liberada de su vergüenza” (Delumeau, 1989) nos interesa explorar en este trabajo qué tipos de miedos sociales atraviesan la cotidianeidad de los sectores populares ¿inseguridad asociada al delito? ¿Miedo a perder el trabajo? ¿Incertidumbre por la perpetuidad de la cultura del rebusque? Desconfianza a intervenir en la trama comunitaria ante el riesgo de no conseguir nada o ser rehén del clientelismo barrial?

Y en tal sentido, ¿cuáles son los rostros de los miedos? ¿Son reconocibles? ¿Dónde reside el otro peligroso? ¿Se ubica en una exterioridad irreductible o habita la propia cotidianeidad familiar-barrial-comunitaria? ¿Qué narrativas se configuran en torno a la dimensión espacio-temporal del miedo y a su distinta naturaleza? En estos sectores, ¿el miedo puede constituirse como campo de batalla, plataforma para la acción, emplazamiento donde emerge cierta organicidad preventiva? La incertidumbre, el riesgo, la desconfianza, pueden transformarse en prácticas sociales urbanas? Los objetivos que este trabajo se propone son entonces:

a) Explorar los distintos tipos de miedos, incertidumbres e inseguridades que atraviesan la cotidianidad de los vecinos del barrio La Paloma (ubicado en el noroeste del conurbano bonaerense, partido de Tigre).

b) Analizar las prácticas y mecanismos de regulación que se desarrollan en términos individuales y colectivos para dar respuesta o administrar los distintos miedos, incertidumbres o riesgos.

El abordaje se focalizará en tres dimensiones problemáticas: el miedo a la inseguridad civil, los temores e incertidumbres generados por la situación laboral y el escepticismo o desconfianza hacia la política y la participación comunitaria.

2. El miedo como problema político

El miedo aparece como problema en la filosofía política moderna de la mano de Thomas Hobbes. Testigo del desmembramiento de un orden social que descansaba en marcos colectivos de pertenencia y en tradiciones fuertemente enraizadas tras las guerras religiosas en Francia y la guerra civil inglesa, Hobbes utilizó la metáfora del estado de naturaleza para problematizar una “sociedad de individuos”, carente de estado, ley, derecho e instituciones, y prisionera de pasiones e instintos que desembocaban en la “guerra de todos contra todos”. El estado de amenaza permanente vuelve a los individuos desprotegidos y funda la necesidad

imperiosa de generar condiciones de seguridad, como elemento primordial para sentar la convivencia pacífica entre los individuos. El estado absoluto mediante la monopolización de los poderes políticos fue para Hobbes la única alternativa para resguardar a los individuos, liberarlos del miedo y garantizarles libertad en su fuero íntimo. La condición de posibilidad de una sociedad civil armónica en términos de deseos e intereses, supone entonces una renuncia al involucramiento de los individuos en los asuntos públicos y una total delegación de su voluntad al Estado. En cambio, para Locke la protección del individuo está provista por la propiedad: es ella quien le garantiza seguridad frente a la incertidumbre de la existencia humana y quien le otorga autonomía como ciudadano a la hora de opinar sobre los asuntos públicos o elegir a sus representantes en el plano político. Y será la preservación de esta propiedad privada, garantía de la libertad y la seguridad del individuo, la justificación de la existencia de un estado “guardián”, que defienda los derechos de propiedad del individuo pero sin ningún grado de intervención sobre la esfera privada².

Ahora bien, ¿qué sucedía con aquellos que no eran propietarios? La miseria de los sectores obreros durante la primera industrialización evidencia un estado de inseguridad social que los sumía en una lucha cotidiana por la sobrevivencia y a una ausencia de control sobre sus condiciones materiales de existencia. El Estado de derecho liberal del siglo XIX no modificaba esta condición de desigualdad que afectaba a quienes no eran propietarios. Para Robert Castel se logró vencer la inseguridad social mediante la edificación de un conjunto de protecciones colectivas al trabajo y mediante la construcción de una nueva modalidad de propiedad que permitiera “la rehabilitación de los no propietarios”: la propiedad social. (Castel, 2004, p. 46) Así, el nuevo estado social se orientó a la reducción de riesgos mediante la extensión de los derechos sociales, como nueva carta de ciudadanía para los sectores no propietarios. En la sociedad industrializada, se produjo un debilitamiento de las protecciones por proximidad y una consolidación de los sistemas de regulación colectiva en los que se inserta el individuo. La sociedad salarial alcanzó su esplendor en el período que va entre desde el inicio de la posguerra hasta comienzos de los años 70, momento en el cual comienza el debilitamiento del estado social como se lo conoció en las naciones europeas, provocando dificultades para continuar garantizando la integración social.

3. Individualización e integración social: dos perspectivas

La problematización en torno a la relación entre procesos de integración social y dinámica de la individualización presenta dos perspectivas teóricas antagónicas: la primera de ellas enfatiza los problemas de integración social generados por los nuevos procesos de indi-

² Para un desarrollo de ambas posturas ver Castel (2004), Cap. 1, “La seguridad civil en el Estado de derecho”, pp. 17-33.

vidualización. En efecto, Castel plantea una nueva forma de anomia vinculada con la desestructuración de los marcos sociales de integración social y un consiguiente incremento del individualismo, focalizando el análisis en las consecuencias provocadas por la decadencia de la sociedad salarial. A la luz de las nuevas transformaciones operadas en la sociedad moderna con la crisis del Estado de Bienestar y de las regulaciones que éste había instituido, la desintegración del tejido social y la creciente masa de excluidos, una nueva cuestión social se abre en las postrimerías del siglo XX. En la problematización que realiza Castel de este nuevo fenómeno, presta especial atención a la inestable situación en que se encuentra el individuo ante el desmoronamiento de los grandes colectivos que lo contenían y que actuaban como matrices desde donde podía “desarrollar su autonomía”. Apela a la noción de desafiliación para nombrar el proceso –compuesto por una “serie de rupturas” de vínculos– por el cual va atravesando el individuo hasta quedar aislado de los grupos sociales en donde se inscribía su pertenencia³.

La perspectiva opuesta, refiere a un nuevo registro de la sociedad, denominada como “sociedad de riesgo” (Beck), donde los marcos colectivos se resquebrajan y en su reemplazo emergen nuevas dinámicas de socialización como producto del distanciamiento entre estructuras objetivas y subjetivas⁴. Desde este enfoque conceptual, el proceso de individualización debe leerse a la luz de las nuevas condiciones de integración social de la sociedad contemporánea, donde ni la política en el sentido clásico ni el trabajo continúan siendo claves para la sociabilización. Ulrich Beck formula la teoría de la modernidad reflexiva para designar el tránsito de la sociedad industrial a una época que se define por sus riesgos –políticos, ecológicos, técnicos, educativos– y que denomina como *sociedad de riesgo*, en tanto resultante de los procesos de modernización que engendraron nuevos problemas, transformadores de los fundamentos de la sociedad industrial. (Beck, 1997, 24).

La sociedad de riesgo configura una modernización reflexiva que a diferencia de la modernidad simple propia de la sociedad industrial, se presenta como una *autoconfrontación* con los efectos propios de la sociedad de riesgo⁵ incapaces de ser controlados por los parámetros de la sociedad industrial. La sociedad deviene reflexiva porque es autocrítica –se

³ Con la fragmentación de la sociedad salarial entra en cuestión la articulación entre colectivos, protecciones y regímenes de individualización ante la emergencia de nuevas condiciones de trabajo como la flexibilización laboral y la segmentación de empleos. Con la exclusión, la integración social se torna *problemática* no sólo para aquellos sujetos que han quedado afuera de los “circuitos activos de intercambios sociales”, sino también para quienes, aun integrados al sistema laboral, padecen la vulnerabilidad a raíz de la precarización de las relaciones de trabajo. En este sentido Castel da cuenta de la existencia de distintas *zonas de cohesión social*. Ver Castel (1997), Prólogo y conclusión: “El individualismo negativo”.

⁴ En esta perspectiva teórica se inscriben, con distintos matices, los trabajos de Anthony Giddens, Ulrich Beck y Scott Lash.

⁵ A diferencia de Giddens y Lash que la ven como distanciamiento.

piensa como problema en sí misma—, consciente de las amenazas que contiene en su seno a diferencia de la sociedad industrial. Esta matriz societal se define por *la incertidumbre* y la *ambivalencia* y supone el carácter imprevisible e incontrolable de los procesos sociales que en algún punto se vuelven irresolubles. En este marco, el individuo es liberado de las estructuras institucionales coaccionadoras, pero debe enfrentarse a un estado de amenaza permanente, a partir de la presencia de una diversidad de riesgos; por ende, la sociedad de riesgo supone una *libertad de riesgo* (sujeto individualizado), que exige el desarrollo de la autorresponsabilidad en un contexto de transformaciones estructurales (flexibilización laboral, segmentación de empleos) y emergencia de nuevos tipos de subjetividad (juventud, nuevos modelos familiares —familia compleja, conyugalidad más flexible).

La génesis de la sociedad de riesgo se puede leer en el fracaso de los sistemas de normas sociales para conjurar los peligros desatados por la toma de decisiones, situación que genera un “amenazante peligro”: la contradicción entre promesas de racionalidad y control y sus actuales y principales efectos nocivos”. (Beck, 1997). La globalización de los riesgos civilizatorios promovida por la sociedad industrial impide pensar los conflictos de las sociedades de riesgo como conflictos de clase. La sociedad de riesgo se presenta entonces como una sociedad despojada de seguridad; esto marca un retorno a la incertidumbre: los problemas (de riesgo) pueden neutralizarse provisoriamente pero no eliminarse, generando menos confianza en la “factibilidad técnica” de la sociedad. La incertidumbre se instala como experiencia de la vida cotidiana.

Desde otra perspectiva de análisis, Niklas Luhmann problematiza el concepto de riesgo en relación con la *fiabilidad* y traza una distinción entre riesgo y el peligro. La fiabilidad supone un conocimiento de las circunstancias del riesgo, concretamente de los riesgos de una decisión. En efecto, el riesgo aparece cuando los daños potenciales son consecuencia de una decisión tomada. En tanto el peligro es un daño provocado desde el exterior, no previsto. Para el autor, un peligro deviene riesgo sólo si se lo puede neutralizar evitando decisiones. De aquí la importancia de la contingencia para la definición del concepto: el daño puede ser evitable. Aún así, ninguna conducta está exenta de riesgos; cuanto más se sabe más aumenta la conciencia de derechos (Luhman, 1998: p. 23). Esta concepción será objetada por Anthony Giddens, para quien toda circunstancia de riesgo lleva implícita el peligro. Giddens hará énfasis en el concepto de *fiabilidad*, central en su análisis sobre la modernidad tardía. La fiabilidad se define como “confianza en una persona o sistema, por lo que respecta a un conjunto dado de resultados o acontecimientos, expresado en esa confianza cierta fe en la probidad o el amor de otra persona o en la correlación de principios abstractos (conocimiento técnico). La fiabilidad se orientará a neutralizar o acotar los peligros inherentes a determinados tipos de actividades⁶.

⁶ Lo que Giddens denomina como “riesgo aceptable” o seguridad expresa un equilibrio entre la fiabilidad y el cálculo del riesgo, es decir, la minimización del peligro, aun cuando éste varíe de acuerdo a diferentes contextos (Giddens, 1994).

Ahora bien ¿Cómo se produce una relación de confianza? ¿Cuándo y de qué modo se puede confiar en el otro? Focalizando su análisis en los procesos de transición democrática en América Latina, Norbert Lechner plantea que la confianza se aboca a fortalecer el horizonte de incertidumbre aceptable como modo de controlar el derrotero de los acontecimientos cuando se tiene conciencia de que se debe convivir con la inseguridad del futuro. Por esta razón, la confianza evita percibir en el otro una amenaza y construirlo como un *alter ego*, compartiendo la responsabilidad del futuro. Para que esto sea posible, el vínculo se construye a partir de una *entrega* de confianza como modo de compromiso arriesgado sin tener la certeza de una reciprocidad –“una oferta voluntaria”; se pone en juego una autorrepresentación y el sostén de la misma a lo largo del tiempo pero en un marco de interacción, es decir, de obligación recíproca, de exposición común. En la extrapolación de esta problematización al campo político, la confianza funciona para el autor como “un crédito a plazo” en relación con lo prometido y a las expectativas creadas en función de ello; acota provisoriamente el umbral de incertidumbre. Confiar en un orden democrático supone no sólo la generación de una identificación de la ciudadanía con el sistema político sino también un efecto de *credibilidad* de éste frente a la opinión pública.

Un factor clave en la legitimidad conferida al orden democrático se sustenta en la capacidad de éste en resolver aquellos problemas que la sociedad experimenta como miedos. Le pregunta se instala por peso propio, ¿a qué le tiene miedo la sociedad? Aquí se puede trazar una distinción entre el temor a las amenazas que atentan contra la integridad física (asaltos, secuestros, torturas, crímenes, violencia institucional) y el miedo ante aquellas amenazas que ponen en riesgo las condiciones materiales de existencia (desempleo, bajos salarios, inflación, pobreza, marginalidad, negación de los derechos sociales básicos, etc.). A esto se suma una serie de temores que no son fácilmente verbalizables, que están ocultos y que refieren a una multiplicidad de situaciones o experiencias personales angustiantes o traumáticas. En tal sentido, la omnipresencia del miedo a la delincuencia puede operar como factor obturador de otros miedos de menor visibilidad pero de no menos importancia: miedo a la perpetuidad de pobreza, a un futuro de negaciones, a la miseria, a transcurrir una vida despojada de emociones, desprovista de sentido, etc. Pero también miedo al ataque a la propiedad privada, a la ocupación de tierras, miedo al otro que invade, a la convivencia con el diferente.

4. (Des)protecciones sociales e (in)certidumbres políticas

Ahora bien, ¿qué certidumbres proveen los regímenes democráticos en Latinoamérica? Los temores a la violencia, a la guerra, al desempleo y la pobreza, entre otros, deben ser combatidos con la garantía de seguridad física y jurídica (estado de derecho) por un lado y la promoción y extensión de la seguridad económica (estado de bienestar) por otro. Planteado en términos de Castel, la *seguridad civil* y la *seguridad social*. Las falencias en garantizar estos dos tipos de seguridades han promovido una fuerte crisis de confianza y desencanto hacia el

funcionamiento de las democracias en América Latina, atravesada en los últimos veinte años por el descrédito de los partidos políticos en el plano institucional y la implantación del neoliberalismo en el orden económico.

En la Argentina, la integración social fue promovida por el Estado de Bienestar gestionado desde el primer gobierno peronista. A partir de políticas públicas expansivas en lo económico (que generaron alto nivel de empleo, salarios y demanda) y de un conjunto de protecciones y regulaciones laborales y sociales, se le otorgó ciudadanía a los sectores populares. Este modelo integracionista alcanzará su fin en 1976. A partir de este momento, se dará comienzo a un gran proceso transformador de la sociedad argentina al encumbrarse en el poder un régimen militar que diseñó y ejecutó un proyecto político que articulaba “la lucha contra la subversión” –para lo cual se inició un fenomenal terrorismo de Estado– y el combate contra el Estado. El plan económico implementado desde 1976 apuntó a modificar radicalmente el modelo de acumulación de capital a partir de reformas estructurales orientadas claramente a la valorización financiera en detrimento de la estructura productiva. Mediante la reforma financiera y la apertura comercial, se inició un proceso de desregulación de la economía dejando en manos del mercado la responsabilidad de asignar los recursos y acotando el rol del Estado como productor de bienes y servicios. Estas reformas pusieron fin al creciente proceso de salarización de la clase media, a la vez que incrementaron la desalarización de la clase obrera.

Con el inicio del plan de convertibilidad en 1991, bajo el mandato de Carlos Menem, se retoma y profundiza el modelo aperturista del gobierno militar. Se implementa un plan de liberalización económica que estableció, entre sus características más relevantes, la reducción de aranceles a las importaciones, la fijación de la tasa de cambio, la libre convertibilidad de la moneda y el libre ingreso de capitales. A estas medidas se sumaron la reducción del déficit fiscal y un ambicioso plan de privatizaciones de empresas del Estado. Entre los efectos negativos de esta política, se registró un deterioro de ingresos de los sectores asalariados. A esto se añade las modificaciones en la legislación laboral, que afectaron la estabilidad del empleo, disminuyeron el costo laboral y la responsabilidad de los empleadores. Un factor explicativo del incremento de la pobreza en los años 90 será el aumento del desempleo, que ya en mayo de 1993 alcanzaba el 10% de la población económicamente activa pero que se elevaría a la inédita tasa del 18,6% en mayo de 1995, la más alta de la historia argentina hasta ese momento. En términos de relaciones laborales, el Estado redujo ostensiblemente su capacidad regulatoria en el mercado laboral, desarticulando los institutos laborales propios de la regulación fordista y favoreciendo formas de flexibilización de la contratación y de disciplinamiento laboral. (Novick, 2002).

En este marco de fragmentación social, la sensación de inseguridad se generalizó e impactó con contundencia en la vida cotidiana, reformulando o readaptando hábitos, conductas, prácticas rutinarias. Al temor por la delincuencia se sumó la inseguridad respecto a la

estabilidad laboral. Sobre este contexto de fragmentación social, impactan los formatos mediáticos de construcción de delito y configuración de un “otro amenazante”, “sospechoso”. En esta conjugación de *amenaza* y *pérdida* que experimentaron vastos sectores de la sociedad, se puede leer una tendencia a la regulación de los espacios, el constreñimiento simbólico de la territorialidad, la disminución de los lugares y entramados de sociabilidad. A propósito de ello, si exploramos la naturaleza de esa sensación de inseguridad debemos interrogarnos entonces por la relación entre *medios* y *miedos*. Con la insistencia que reclama la naturaleza de su agenda, los medios construyen una realidad bombardeada por accidentes, asaltos, crímenes desde una óptica que por momentos raya con el sensacionalismo y el morbo. Tributario de este enfoque, Jesús Martín Barbero sostiene que los medios ofrecen una imagen de la ciudad que refuerza cierto imaginario del miedo. Para entender cómo los medios se inscribieron en la urdimbre constitutiva de lo urbano, pero también de qué manera los miedos pasaron a formar parte de los procesos de comunicación, se deben focalizar, más que el atractivo particular de los medios, aquellos procesos o situaciones que impulsan a la gente a replegarse en lo privado, en lo hogareño, y desde allí proyectar un “imaginario de seguridad y protección. Si la televisión atrae en buena medida, es porque la calle expulsa. Es la ausencia de espacio – calles, plazas– para la comunicación lo que hace de la televisión algo más que un instrumento de ocio, un lugar de encuentro” (Barbero, 2000: 29). Desde esta perspectiva, los miedos que expresan nuevos modos de habitar y comunicar son emergentes de una *angustia cultural*: el orden que impone la ciudad aparece atravesado por la incertidumbre que provoca el otro, incertidumbre que rápidamente muta en desconfianza cuando su cercanía intimida. La conversión cotidiana del otro como amenaza, como *depositario reconocible del miedo*.

5. La Paloma: Inseguridad civil, laboral y débil acción colectiva

El Barrio La Paloma se encuentra ubicado en la ciudad de El Talar, partido de Tigre, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Está delimitado territorialmente por las calles 25 de Mayo, 11 de Septiembre y José María Gutiérrez y las vías del Ferrocarril Bartolomé Mitre. El partido de Tigre cuenta, según datos del 2003, con 300.559 habitantes. Está dividido en ocho delegaciones e integra una zona del conurbano bonaerense de buen poder adquisitivo en términos comparativos. De las 70.000 personas que habitan la ciudad de El Talar, el último censo indica que 23.000 pertenecen a *La Paloma*. Este barrio padece actualmente un índice de desocupación, según estimaciones oficiales, cercano al 50%. Desde la esfera municipal se gestionan 20.567 planes *Jefes y Jefas de Hogar*, 1.200 de ellos destinados a habitantes de El Talar, sin poder precisarse, desde la estadística oficial, qué cantidad de planes benefician a pobladores del barrio en cuestión⁷.

⁷ En el cierre del trabajo de campo, se registró un importante número de bajas en los planes *Jefes y Jefas de Hogar*.

El barrio está considerado como uno de los más carenciados de la zona, junto a San Lorenzo y Ricardo Rojas, lindantes a La Paloma hacia el norte. Cuenta con plena cobertura de asfalto, red de gas natural y la mayoría de las viviendas son de material. Sin villas de emergencia, cerca de la plaza central se ubica un asentamiento de dimensiones reducidas. Según Norma⁸:

“Lo que no ves acá es pobreza en cuanto a las calles, las viviendas, aunque si te fijas bien las familias viven muy mal, más allá de los arbolitos y los asfaltos que tapan”.

Efectivamente, la pobreza no se ve en cuanto al aspecto edilicio de las viviendas o en términos de carencia de servicios, dado que La Paloma cuenta con una red extendida de asfalto e iluminación. Las zonas más empobrecidas no se alcanzan a percibir inmediatamente. Pero desde la topografía simbólica que surge de los relatos vecinales, se delimita una “zona comercial”, las zonas “peligrosas” y aquellas por las que se debe transitar “con precaución”. Con todo, cuando se recorre La Paloma, el contraste con otros lugares de Tigre es sorprendente⁹.

Fue a fines de los años 60, al compás del desarrollo industrial que comenzó a consolidarse en el Conurbano Bonaerense, cuando La Paloma levantó vuelo. Antigua zona de tambos, quintas y viveros, a fines de los años 60 comenzaron a lotearse los terrenos y venderse en cómodas cuotas a los nuevos vecinos del lugar, atraídos por los bajos costos de las parcelas y por la instalación de fábricas pequeñas y medianas, lindantes al lugar. Paulatinamente fue constituyéndose en una zona de próspero crecimiento industrial e importante incremento en la densidad poblacional. La Paloma se nutrió de migrantes internos y también inmigrantes de países limítrofes, atraídos tanto por la accesibilidad de la tierra como por el desarrollo de la industria de la construcción. El municipio inició, mediante acuerdos con los vecinos, la expansión de los servicios públicos, fundamentalmente el asfalto. Paraguayos, correntinos, santiagueños y misioneros eligieron el ruido de los talleres y la proliferación de chimeneas. A fines de los años 70 los tambos y las chacras fueron perdiendo terreno y asomó más nítidamente la fisonomía *barrial* de La Paloma, compuesta por trabajadores de la construcción, del sector servicios y por operarios industriales de baja calificación –muchos de ellos metalúrgicos– que compraron su terreno y comenzaron a construir la vivienda propia.

Explorando la evolución del desarrollo industrial de Tigre, se puede trazar una correlación entre el emplazamiento de ese crecimiento, el tipo de actividad y los momentos de auge y

⁸ Entrevista del autor a Nora Reinosi, La Paloma, Tigre, 16 de junio de 2003.

⁹ Durante la gestión del intendente Ubieto, la zona central de Tigre, cercana al río, fue renovada completamente. Hay *boulevares*, banderas de todos los países, zonas para pasar un “domingo soleado en familia”, está el puerto de frutos adonde asisten turistas de todos los rincones del país, además de la zona de *countries*, y el reacondicionamiento de los accesos al partido.

crisis de cada sector. Los años 60 pueden señalarse como punto de partida. Una de las zonas se ha caracterizado por la instalación de industrias ligadas al puerto: la industria maderera, el sector fruti-hortícola proveniente del Delta, fabricación de cajones, envases y embalajes para la exportación. Posteriormente inició su actividad la industria naval, con la instalación de distintos astilleros. Estas industrias entraron en crisis en los años 80 y particularmente durante los 90. La pérdida de competitividad, la apertura de los mercados y la debilidad de los sindicatos para defender al sector, fueron ejes a partir de los cuales se dio el cierre masivo de fábricas y el consecuente despido de los trabajadores. Cabe destacar que tradicionalmente esta rama de actividad ha tenido sindicatos fuertes y combativos, que fueron víctimas de las políticas represivas durante la última dictadura militar¹⁰ y posteriormente cooptados por el gobierno, en los años 90.

Por otro lado, es en la zona lindera a la Panamericana donde Tigre alcanza su apogeo industrial, con la radicación y desarrollo de las empresas automotrices Ford y Volkswagen, la instalación de una serie de autopartistas proveedoras, así como la integración funcional de la industria metalúrgica a los requerimientos de ese sector¹¹. Los indicadores de empleo industrial eran elevados por entonces, con amplias posibilidades de inserción laboral para la población del lugar, cualquiera fuere su nivel de formación profesional. Entre 1976 y 1990¹² entra en crisis el modelo de desarrollo automotriz implantado en el período anterior, con retiro de gran parte del capital multinacional, especialización autopartista de las terminales y una fuerte caída de la producción de vehículos.

A partir de 1991, se produce la apertura de los mercados y la consolidación del proceso de integración regional. De 1991 a 1994 se puede establecer una etapa nacional-regional con crecimiento y apertura de la economía, acompañadas por un aumento de la inversión extranjera directa. Entre el 95 y el 98 cobra importancia el Mercosur como mercado, pero la industria ya es de montaje y crece el nicho de los utilitarios. Por último, desde el año 1998 se produce la crisis del mercado por la pérdida de competitividad y la larga recesión interna: se cierran y desactivan algunas pequeñas plantas, se desarticulan las redes de proveedores locales y se produce el traslado de plantas autopartistas a Brasil. Comienzan a aplicarse medidas de "flexibilización laboral" (suspensiones, reducción de jornada, retiros voluntarios, pérdida de empleo, etc.). Esta particular forma de desarrollo del sector automotriz le imprimió otro ritmo a la zona norte, a diferencia de la zona sur, en donde la crisis del modelo de sustitución

¹⁰ En los relatos de los entrevistados se hace mención a las constantes "desapariciones" de trabajadores de los astilleros en los 70.

¹¹ Paulatinamente fueron cobrando vigor las empresas alimenticias (Terrabusi, Nestlé y Fargo), industrias ligadas a la producción de químicos y productos en base de caucho al igual que la industria frigorífica, que han sido los rubros fabriles con mayor incidencia por esos años en el área tigrense.

¹² Algunos entrevistados hicieron mención a una ola de despidos de la fábrica Ford en los años 85 y 86.

de importaciones quedó plasmada en “los cementerios industriales” que se ven. En esta última, la organización de los trabajadores desocupados se dio a mediados de la década de los 90, mientras que recién emergió en la zona norte a partir de la crisis de 2001 –de lo cual se puede inferir provisoriamente que el impacto del proceso comenzó a sentirse posteriormente.

El comienzo del segundo lustro de la década marcó además un punto de inflexión en el crecimiento de la desocupación como consecuencia inmediata del cierre de importantes y tradicionales fábricas, afectadas por las dificultades para desarrollar una estrategia competitiva, en el marco de una apertura escasamente regulada de la economía y un tipo de cambio perjudicial para exportar. Con su caída, se produjo paralelamente el desmembramiento de los otrora poderosos sindicatos metalúrgicos y metalmecánicos.

Pese a los exitosos esfuerzos municipales por exhibir la obra pública, alentar el crecimiento del negocio inmobiliario vinculado con los barrios privados y orientar recursos para el fomento del turismo, es decir, vender la imagen de una gestión eficiente y modernizadora, La Paloma, al igual que otros barrios como Ricardo Rojas y San Lorenzo se convirtieron en una mancha más para Tigre. El cierre de las fábricas tradicionales y la adaptación a los requerimientos tecnológicos dieron como resultado una masa de trabajadores desocupados que no encontraron la posibilidad de reincorporarse al mercado de trabajo formal. A su vez, la instalación de nuevas empresas vinculadas a la logística, demandaron empleados con alta calificación profesional, perfil difícil de hallar en los sectores obreros tradicionales del barrio. Con el dinero de las indemnizaciones, muchos ex trabajadores fabriles iniciaron un proceso de cuentapropismo (kioscos, remises) o bien microemprendimientos domésticos, que en pocos casos lograron un buen rendimiento.

Según Lito¹³, ex artesano e integrante del MTR:

“Fue en el 99 donde la gente empieza a tomar conciencia de que se quedó sin trabajo, sin plata, que el remis que le habían dicho que podía trabajar no sirvió, que el quiosco tampoco sirvió. Ahí es donde se toma real conciencia de lo que estaba pasando”.

En este marco, el gobierno municipal reforzó su intervención como proveedor de empleo temporario mediante la obra pública, fundamentalmente la extensión de la capa asfáltica a la casi totalidad superficie barrial como también mediante la ampliación de la red de electricidad y de gas natural. La instalación de cloacas quedó postergada y aún no se hecho. A pesar de ello, la política de obra pública municipal estuvo predominantemente orientada a modernizar el sector turístico del partido y las canales de transporte, para facilitar la salida de la producción industrial. Sin embargo, esto no redundó en la generación de empleo genuino, dado

¹³ Entrevista del autor a Lito González, La Paloma, Tigre, 15 de mayo de 2003.

que en diversas oportunidades se contrataron empresas con personal ajeno a Tigre para la realización de las obras.

5.1. El miedo a la inseguridad

5.1.1. Cartografías del temor

La vida cotidiana de La Paloma discurre sin mayores sobresaltos. Entre las diez de la mañana y la una del mediodía y entre las cuatro y seis de la tarde, se registra el momento de mayor circulación por el centro comercial. Mujeres haciendo los mandados, jóvenes y adultos en bicicleta, escolares que salen o entran a las tres escuelas del barrio, chicos jugando al fútbol en la calle. A medida que uno se distancia del centro tanto hacia el límite de la avenida Gutiérrez como hacía el otro límite, las vías del ferrocarril, la circulación de gente disminuye notoriamente así como el paso de automóviles. Caminamos por la avenida Gutiérrez, la cual algunos entrevistados habían definido como el límite “donde empieza la villa”. Casi no es transitada. En una oportunidad le preguntamos a Diego de 17 años que salía del colegio y se dirigía hacia ese lugar: ¿Cuál es el límite de La Paloma, esta, la avenida (Gutiérrez)?, a lo que el chico respondió:

No, la calle Independencia que queda tres cuadras para allá. Pero les recomiendo que no vayan, ahí nomás está la villa. No vayan”, advirtió Diego, respondiendo con tono de apuro y marchándose rápidamente. La villa estaba diez cuadras más allá de la distancia de donde Diego la ubicaba como zona de peligro. Reiterando la pregunta, esta vez en la plaza central, Cristian y Claudio dieron una respuesta, más sugestiva: *“Creo que el límite es allá en la Gutiérrez. Pero, tranquilo eh.... no pasa nada, toda gente normal. Además, qué te van a robar, si no tenés nada. Cuanto mucho te pueden prender fuego la libreta ésa”,* respondieron mientras reían con complicidad.

La inseguridad, la droga, la “vagancia”, los “pibes chorros” y la prostitución, aparecen como marcas claras de la estigmatización del barrio como “pesado”. Para Jorge¹⁴ que no reside actualmente en La Paloma: *“Siempre fue un barrio jodido, como decirlo, con mucho robo, había muchos malandras en La Paloma, mucha inseguridad”*. En tanto Carlos¹⁵, que tampoco vive actualmente en el barrio, evoca su época de secundario para recordar que estaba acuñado el término “los palomeros”: *“Era sinónimo de quilombero, y había banditas que venían a pegar acá. Siempre La Paloma se la tuvo entre comillas. Después fue cambiando, pasó a ser San Lorenzo el barrio jodido”*.

¹⁴ Entrevista del autor a Jorge Castro, La Paloma, Tigre, 17 de agosto de 2003.

¹⁵ Entrevista del autor a Carlos Capurro, La Paloma, Tigre, 17 de agosto de 2003.

No obstante, para Nora, antigua pobladora de La Paloma, esta caracterización negativa debe circunscribirse a una zona determinada:

“Hay partes, sectores. Yo vivo en 25 de Mayo y España. Eso es lo que tiene La Paloma. Hay zonas. Si vos caminás dos cuadras para allá es otro tipo de gente, otra realidad. De 25 de Mayo a esta zona, es de terror. Una zona más pobre, más, no sé cómo decirte, y después, San Lorenzo, que era un barrio horrible, ha progresado muchísimo. Pero hay zonas muy marcadas de pobreza”.

En tanto Guillermo, también zonifica la inseguridad:

“El paso a nivel, el puente del Talar, donde realmente hay mucha oscuridad, más que nada durante la noche. Asociadas al delito, también delimita ciertas zonas que operan como corredores de droga: Está concentrado en una porción del barrio, cerca de la escuela 47, de la calle Antares hasta Francia es todo un corredor de ventas impresionante. Por ejemplo alrededor de la escuela 47 están las personas que son las que distribuyen y venden y vos vas a ver que van y compran”.

Distintas experiencias vividas, relatos que circulan con fuerza de mito y la propia cotidianeidad, van trazando en el imaginario barrial una geografía simbólica del miedo ligado al delito. La Paloma aparece demarcada por zonas “transitables” y zonas oscuras, sombrías, donde se requieren de ciertos códigos de complicidad con sus moradores para poder desplazarse sin peligro de robo. Para Claudia¹⁶, directora del centro Yayapó, ubicado frente a la plaza central, ésta es un lugar “*peligroso*” en determinados horarios del día por la congregación de “*jóvenes drogados*”; para otros vecinos tanto la plaza como la zona céntrica en general son zonas seguras, “no pasa nada”. El límite de la transitabilidad se corre difusamente hacia un interior del barrio estigmatizado como *peligroso* por la eficacia del rumor del cual se apropia Eliana¹⁷, de 21 años, estudiante:

“Por lo que me comentan hay una zona de allá, para abajo, que vos ves que hay mucha joda, fiestas, borrachitos, entrás pero no salís si no conocés a alguien... la cuestión es que vayas con alguien que conozcas, no importa la hora del día”.

Así como Daniel¹⁸ afirma sin vacilaciones que el barrio chino es peligroso, no entrás, Yessica, su mujer, disiente: “*si no vas con ánimo de pelear, no pasa nada, es tranquilo. Ahora no vas a encontrar a nadie. Están todos adentro (14 horas)*”.

¹⁶ Entrevista del autor a Claudia Rodríguez, La Paloma, Tigre, 31 de agosto de 2003.

¹⁷ Entrevista del autor a Eliana Córdoba, La Paloma, Tigre, 24 de noviembre de 2003.

¹⁸ Entrevista del autor a Daniel Donda, La Paloma, Tigre, 3 de octubre de 2003.

5.1.2. Nosotros y los miedos. El otro invasor y el otro interno

Esta cartografía del miedo al delito no se circunscribe empero al propio barrio sino que se extiende a los barrios lindantes con La Paloma. Más aún, éste aparece como un barrio tranquilo en comparación con San Lorenzo y Ricardo Rojas, Las Tunas y San Pablo y, fundamentalmente, esa zona borrosa, lúgubre, acechante que es “*el bajo*”. El *otro peligroso* se presenta como un intruso, un invasor, como alguien que al no ser vecino viola todo código de convivencia. Este imaginario fomentado por ese desplazamiento pendular entre rumor y experiencia vivida operó como un temor paralizante en la ola de saqueos desatada en diciembre del 2001, como lo reafirma Eliana:

“Los sobresaltos de todo el tiempo se sienten. Lo último fue el tema del 19 de diciembre del 2001. No podías salir a la calle, decían que toda la gente de la parte baja, de Ricardo Rojas, de la villa allá de 197, se venía para acá, que era un quilombo. Eso era lo que se comentaba por eso la gente no salía, se comentaba pero al final no pasó nada”, en referencia a supuestos saqueadores de otros barrios.

No obstante, el temor se extendió como una mancha de aceite ante la acción de algunos vecinos indignados:

“Se vivió una ola de saqueos, cerca de casa había un súper y nada, lo saquearon los mismos vecinos...Un supermercado bastante grande. Los supermercados que están en la zona son a los que trataron de entrar, uno más abajo, otro sobre Las Dalias, la misma gente era que se iba moviendo hacia otros supermercados. Los pequeños comercios del barrio durante esos días estaban cerrados y por eso no los tocaron. Por lo que yo veía era gente del barrio: la cuestión era ‘otros’ iban ellos también. Pero también estaba el tema más bien ‘no salgas de tu casa’”.

Pero para Pedro¹⁹, cuyo hermano participó de los saqueos a supermercados, el “otro invasor” tiene un componente más xenófobo:

“Yo estaba un poco de acuerdo con eso (en referencia a los saqueos). Yo por ahí sigo de acuerdo con eso. No tanto por ahí con los de acá, pero estaría más de acuerdo con los chinos. Porque los chinos se llevan los bolsillos y se van a la mierda, y nosotros somos los que nos rompemos el tuje laburando para que vengan del extranjero y se lleven toda la plata que vos estás haciendo”.

Al comienzo de los relatos, los entrevistados intentan desdramatizar la inseguridad colocando al barrio en un pie de igualdad con lo que sucede a nivel más general en el país, naturalizando la (tensa) interacción cotidiana con el delito, la droga y la represión policial:

¹⁹ Entrevista del autor a Pedro Colombo, La Paloma, Tigre, 14 de julio de 2004.

“Yo desde chica lo vivo como un barrio tranquilo, muy tranquilo –dice Eliana–. Obviamente se siente de todo: desde drogas, policías todo el tiempo, todo, como normal, no va más allá de lo cotidiano. (...) creo que es como en todos lados, si te ven con un buen reloj, unas zapatillas de marca y unas bolsas de tal marca obviamente te van a asaltar”.

Guillermo²⁰ reafirma este efecto “tranquilizador”, denunciando la eficacia simbólica del mito trasgresor de La Paloma:

“Es más fama que otra cosa, por que este barrio está como cualquier otro, como San Lorenzo o como Ricardo Rojas. Acá más del ochenta por ciento de la gente viene de una extracción humilde pero trabajadora, ¿entendés? Caemos en una situación globalizada, se vive en Pacheco también, a lo mejor ellos por tener más vida la cuestión está más organizada, con gente de un poquito más de poder adquisitivo. También están afincados ahí el banco, los comercios y un montón de cosas hacen que tenga otro tipo de vida y hace que la policía tenga más preocupaciones ahí. Pero acá no. vos cruzas la vía y te vas a otro mundo, ahora no hay tanta diferencia como antes pero sigue. Acá no se parece ni un diez por ciento a Fuerte Apache, que está al lado de Capital. Siempre una cosa que arranca y se agranda termina siendo una leyenda. (...) si no fuera por las cuestiones de los jóvenes que ya están mal encaminados en la droga y en la delincuencia este no es un barrio violento, que se van a estar agarrando a las piñas, no vas a ver eso, acá cruzamos las calles saludándonos, nosotros sabemos bien la vida del resto, podemos decir esta es una buena persona, de repente vino a vivir mucha gente de afuera, te enterás que entraron a la casa de tal, que robaron. En realidad en este último tiempo vino mucha gente nueva al barrio”.

Pero además de otro “externo”, “invasor”, “de la villa”, se reconoce un otro interno corporizado en la figura de los adolescentes y jóvenes que no trabajan ni estudian. A partir del mediodía, ellos circulan por el barrio caminando o en bicicleta; toman cerveza en grupo en las esquinas, fuman marihuana...están, permanecen...escrutan los movimientos para codificar quién es quién en el catastro barrial. Un lugar habitado con frecuencia por ellos es la plaza central, ubicada a unas cuadras del centro comercial de La Paloma. Frente a ella, funciona la capilla, el centro de Cáritas Yayapó y el Centro de Salud. Por la mañana circulan por ella fundamentalmente adultos y chicos que van y vienen de la escuela. A partir del mediodía se apropian de ella, en distintos horarios y pequeños grupos, tres, cuatro, cinco; se sientan, fuman, ríen, se empujan, vuelven al silencio y después de un tiempo se van. A veces vuelven al rato, otras deambulan por el barrio. Todo transcurre de modo muy natural, los ritmos parecieran no alterarse.

Gladys²¹ atiende el quiosco que está enfrente de la plaza. Cuando le preguntamos por el barrio asoma cierta mueca de frustración entre las rejas que la separan de sus clientes:

²⁰ Entrevista del autor a Guillermo López, La Paloma, Tigre, 24 de noviembre de 2003.

²¹ Entrevista del autor a Gladys Sardón, La Paloma, Tigre, 10 de junio de 2004.

“Acá el principal problema es la inseguridad. Empezó desde hace un año. Porque antes era un barrio tranquilo... pero están estos pibes, estos vagos que se sientan acá en la plaza, a fumar droga, pibes de 13, 14, 15 años, que después se cruzan y te vienen a manguear cigarrillos. Y a partir de la tardecita se pone bravo”.

Pero paradójicamente, cuando intentamos profundizar el tema, se resguarda: *a mí acá en el quiosco nunca me robaron. El barrio es inseguro, pero como en todos lados, en un guiño de que le incomodaba dar mayores precisiones.*

A Claudia la separa de Gladys varios metros de vereda y una opinión más contundente en torno a la acechanza de ese otro intimidante:

“De los tres barrios (San Lorenzo, Ricardo Rojas y La Paloma) acá es donde más se sufre la violencia, con el delito, a los más chicos los ves en la plaza, no sé si será por que estamos justo enfrente de la plaza, pero dentro de un rato ya se empiezan a ver, ayer mismo a esta hora se estaban peleando, en cualquier momento se agarran a las piñas y chau... se escapaban por acá y la policía lo corrió y lo balearon acá en la puerta, del lado de adentro, la policía tampoco se mide en eso. La otra vez también buscaban aun chico que el hijo viene a comer acá, en realidad es el novio de la madre del chico y lo agarraron justo que estaba robando una moto y lo agarraron a los tiros cuando los chicos salían, nosotros tenemos el comedor a la tarde, a las siete, siete y media en invierno es de noche. ...La policía sí... lo que pasa es que siempre pasa algo por acá en la plaza o en el centro de salud, y la policía no se mide y empieza a los tiros y escondete. Durante todo el día, antes se veía más a la noche pero a hora durante todo el día”.

Por trabajar con grupos de jóvenes en la parroquia, Guillermo los conoce:

“Llevan toda una situación de ocio y de ‘alpedismo’ digamos y es bastante común verlos que se juntan en las esquinas a tomar vino, cerveza. Sino andan como vagando y como actividad tienen los sábados al Tropi o algún lugar, gastan unos manguitos, por que la entrada no se la cobran, y todo pasa por la bebida y la gracia es tomar hasta donde no dan más. Ahora ves que las chicas consumen tanto o más que los pibes, es una cosa más generalizada. Después los que están más comprometidos con la cuestión delictiva, son los que están más en la droga. Acá es un flagelo bastante grande la droga, por que es un lugar de consumo, aun que el poder adquisitivo es muy poco. Pero también es un lugar de tráfico”.

La condena moral aflora cuando el robo es en el barrio. Se tolera que lo hagan en otros barrios pero no con sus propios vecinos, con el comerciante que conocen, con aquel con quien se criaron juntos. El límite de la tolerancia pareciera colocarse en *la ruptura de códigos*, aquellos que permitían sobrellevar una convivencia con tensiones pero sin temores paralizantes:

“Antes se veía más afuera, ahora no. Antes decías que eras de La Paloma y...los de acá eran famosos porque iban y robaban y hacían desastres en otros lados. Pero ahora es adentro y fuera del barrio”, señala Nora.

“A veces de día se juntan en esa esquina ¿ve? Cuatro o cinco muchachos y chicas también, y están con la bolsita o fumando como si nada. La otra vez le entraron al hombre de ahí y le dieron una paliza. Y había gente acá. Y para que te vas a arrimar si tienen arma seguro. Hace poquito mataron al del video, acá a tres cuadras. Roban las bicicletas, los negocitos de por acá, a la gente por la calle”, cuenta Rodríguez²², un ex obrero que hace cuarenta y dos años vive en La Paloma.

Con palabras entrecortadas y una mirada anclada en aquel pasado donde *se podía salir a pasear, dejábamos la casa sola y no había problemas*, se lamenta de que ahora ya no se pueda ir *ni al almacén, porque te afanan*. Pero tampoco Rodríguez ha sido víctima de robo, ni su familia.

Algunos vivieron la experiencia de ser ese *otro amenazante*. En tal sentido, el caso de Pedro es significativo. Tiene 27 años, nació en Los Troncos, un barrio cercano. Hace tres años que vive en La Paloma pero conoce la zona desde siempre. Empezó a drogarse a los once años y pudo salir de la adicción a los veinte, con un tratamiento de rehabilitación. A partir de los 16, alternó “changas” y ocupaciones legales de carácter informal con trabajos ilegales, primero robos de poca monta y luego atracos a propiedades y supermercados. Pedro reconoce que lo hacía porque estaba drogado y no le importaba nada. A veces tenía alguna changa de construcción o reparto pero iba *para hacerle la pata a sus compañeros*. Aclara que nunca robó en el barrio y que uno de los códigos era robarle al que tiene, no al que no tiene. Pedro marca una distinción entre su época y la actual en relación con el delito:

“Yo aparte de andar en la joda, mayormente laburaba. Vivía laburando. Y tanto no me dedicaba. Íbamos más para hacerle la pata a mis compañeros que no tenían laburo. Hoy no hay laburo, no dan fuentes de laburo. La culpa no es de los pibes, es del Estado, del gobierno. A parte la sociedad misma te discrimina, te dicen ése estuvo preso, no le hablés eh, a ver si te contagia”.

Con todo, Pedro reconoce que los pibes hoy por hoy no tiene códigos y se lo atribuye al incremento en el consumo de drogas:

“Para mí en los años 90 no había tanta droga como hay ahora. Drogas baratas, como la pasta base que te liman la cabeza, te liman la cabeza. Todas las drogas te liman la cabeza. Pero esa porquería es plástico...Acá no se consume tanto la pasta base. Acá le dan más al porrito, al poxiran”.

²² Entrevista realizada por el autor a Francisco Rodríguez, La Paloma, Tigre, 12 de mayo de 2004.

Pedro dice que nunca lo robaron y cree que es por que lo conocen *yo digo, yo soy muy sociable*. Pero a medida que avanza la conversación, el paisaje del “no pasa nada” se va sembrando de algunos temores. Al mencionar Parque San Lorenzo recuerda que una noche que tuvo que ir a vender una garrafa, un chico drogado intentó robarlo poniéndole un arma en la cabeza. *Y hasta que no le sacaron el arma yo estaba temblando*. Reconoce que fue la única vez que sintió miedo por él y que lo asaltaron en el barrio, aun habiendo sido *del palo*. Hasta que el miedo abierto, sin ocultamiento, aparece en forma de confesión:

“La Paloma hoy no es tan pesado. Acá te digo la verdad, yo tengo miedo que me vengán a robar de otro barrio, hasta del mismo Los Troncos (dónde él nació y vivió hasta hace poco). Los chorritos de acá se juntan con los de allá. Y los de acá no te van a venir a robar. En cambio el que viene de afuera y no te conoce...”, devela Pablo, rememorando viejas tácticas.

5.1.3. Regulación de los miedos: de los dispositivos preventivos a los códigos de negociación

El miedo asume una dimensión espacio-temporal. Rejas en los paredones, en las puertas de entrada, en las ventanas, en los kioscos; portones, alarmas en algunas viviendas. Hasta una cadena que clausura la puerta de entrada de la escuela 47 durante el horario de clase. Según los vecinos, las rejas en tanto dispositivo para minimizar los asaltos son un fenómeno de los últimos años, pero están presentes en el noventa por ciento de las viviendas de La Paloma, tanto en los sectores de clase media como en los más carenciados. A esto se suma la protección policial y la seguridad privada que custodian varios negocios del centro comercial, mañana y tarde.

Para Guillermo la interacción cotidiana supone entonces una situación de riesgo, pero de control del peligro potencial:

“Estamos todos medio acostumbrados, el que puede vive enrejado con llave, trata de andar en el horario diurno y después si ven algo miran para otro lado. Los que más o menos viven en el barrio hace mucho saben quién es quién, pero todos tienen el temor de ‘yo no voy a ir a denunciarlos por que ponés en riesgo tu vida y la de tu familia’”.

En tanto el temor de Pablo es qué le puede pasar a su pareja y su hijo cuando él sale a vender garrafas por la calle. La precaución que toma es que ellos se queden con algún familiar mientras él no está en la casa, nos cuenta mientras coloca el vidrio en el local donde vive con su familia y utiliza para la venta de garrafas. *Si llego a poner un kiosquito acá quiero poner rejas*, anticipa. El mismo caso es el de Rodríguez, quien cuenta que en su familia se turnan para no dejar nunca sola la vivienda.

¿Alcanza para disminuir el riesgo con dispositivos como las rejas? ¿Disminuye el riesgo porque alguien de la familia permanece en la vivienda para cuidarla? Como un modo de regulación y neutralización, no sólo se debe circunscribir las prácticas y formas de comportamiento cotidiano a las zonas y los lugares “fuera de peligro”, sino además a ciertos horarios y momentos del día. Si para Claudia el mediodía es un horario crítico para circular por la plaza aledaña al centro que dirige, para otros vecinos del barrio es la noche el momento donde se deben tomar recaudos. Daniel localiza el temor en un lugar definido, en un horario determinado y ante actores potencialmente peligrosos:

“Cuando voy a trabajar, a las cinco de la mañana, el trayecto habitual hasta la Panamericana para tomar el colectivo, es recorrido los lunes a la madrugada por las barras de pibes que vienen de Tropi (boliche bailable), en cualquier estado”. La amenaza encarnada por los jóvenes “drogados” y “borrachos” los lunes por la madrugada modifica la rutina de Daniel: “Yo ahí me cuidaba o trataba de evitar hacer el mismo recorrido que los pibes. Si sabía que ellos venían por acá yo iba por allá”.

Pero no siempre se los puede evitar. ¿Qué sucede cuando se debe circular por el barrio, interactuar en el espacio público con aquellos a quienes se les tiene miedo o se los percibe como una amenaza? Para Pedro la clave está en *ser conocido*:

“Yo estoy en la esquina, pasan los pibes que andan robando, hola loco como andás... bien, loco todo bien. ¿No tenés diez centavos? ¿Para qué es? Para comprarme un cigarrillo. Le doy un cigarrillo. Bueno gracias, ¿viste? y ya te da como una afinidad como los pibes.

–¿Si te conocen, no te afanan?

–No te afanan. Claro, aparte hay como muchos tipos grandes de acá de La Paloma que a mí me conocen de años anteriores y saben lo que era. Y se corre el rumor. Claro, como que pertencí a la jerga de ellos. Y entonces yo pienso que por eso me respetan”.

Marta²³, la mujer de Rodríguez, también los conoce de toda la vida. Pero al ver a los grupitos de adolescentes y jóvenes consumir droga con frecuencia, teme por sus conductas imprevisibles. “No se puede hacer mucho: cerrar, tratar de no salir a la noche, hay que tratar de saludarlos, de establecer amistad, hola ¿cómo andas? Yo siempre voy a la iglesia que queda para allá, vuelvo a las 10 de la noche y sé que están en la esquina y paso y les digo: hola chicos ¿cómo andan? Para que sepan que soy yo... y así vivimos”.

Desde una concepción de carácter comunitario, la comisión del Club Mitre intentó generar un debate dentro del barrio en torno a la inseguridad. Por este motivo, en esa entidad

²³ Entrevista realizada por el autor a Marta Rodríguez, La Paloma, Tigre, 12 de mayo de 2004.

sesionó el Foro de Seguridad de Tigre en busca de una solución no sólo a este flagelo sino también a la adicción de hombres y mujeres adolescentes y jóvenes a la droga. Con todo, los modos concebidos para controlar o minimizar el miedo no siempre responden a la necesidad de buscar una respuesta colectiva. Entre el cinismo y el paroxismo de la intolerancia, Daniel imagina una solución violenta, quizás conjurando su frustración de no haber llegado a ser cabo egresado de la Juan Vucetich:

“Mi mujer asistió al foro de seguridad que se organizó en el club Mitre. Después un tipo peligroso, que tiene sida, y no le importa nada, fue a apretarla. Yo le había anticipado que no se metiera. Si a mí me vienen a afanar, yo saco la itaka del armario y los bajo. Y a la mierda. Ese es mi foro de seguridad”.

5.2. Desempleo y precarización laboral: incertidumbre, riesgo y resignación

Con el fantasma de la inmensa desocupación agitándose sobre sus espaldas, la población económicamente activa de La Paloma está integrada mayoritariamente por trabajadores del sector informal, sobre todo albañiles y “changarines”. Al recorrer el barrio nos encontramos con todo tipo de microemprendimientos, oficios hogareños, rebusques: venta de leña, arreglos de zapatos, ferias de frutas y verduras, ferias americanas, carpinteros, herreros, pequeños quioscos, corte de cabello por tres pesos, un gimnasio por diez pesos mensuales, venta de churros y tortas fritas por la calle... La situación de desempleo, inestabilidad laboral y bajos salarios debe leerse no sólo desde el temor, sino también desde la incertidumbre más general y en el extremo, desde la resignación y el fatalismo. Como se señalara anteriormente, si bien La Paloma creció y se extendió vertiginosamente al calor del desarrollo industrial de la zona, a partir de mediados de la década del 90 sufrió una ola masiva de despidos que incrementó el desempleo hasta alcanzar índices que superan la mitad de la población económicamente activa del barrio. Del empleo formal a la indemnización, del cuentapropismo a la devaluación, del desempleo masivo a los planes Jefas y Jefes: la secuencia que expresa el derrotero de las/os trabajadoras lugareños asume la forma de un tobogán. Alfredo²⁴, uno de los tantos trabajadores que en la última década fue cuesta abajo, vincula el incremento de la inseguridad con la situación de desempleo:

“Se sintió como en todos lados, yo creo que más desocupados, más gente que te quería ratear, se crearon más rateros porque no había plata. Creo que si vos trabajabas te esperaban para poder sacarte algo, porque ellos también necesitaban y ahí es donde se creo esto. El barrio está, lo que también está es la necesidad, el barrio está formado pero quedó más triste porque no hay trabajo. Se creo más delincuencia, ni la policía puede

²⁴ Entrevista realizada por el autor con Justo Alegre, La Paloma, Tigre, 15 de mayo de 2003.

proceder, imagínate vos que la policía sale acá y te roban allá... lamentablemente lo triste que quedó el barrio, porque antes vos trabajabas, vos dejabas tu casa y nadie te molestaba, después apareció la droga para darse fuerza para ir a robar. Lamentablemente se creó la delincuencia sin el trabajo”.

Tanto Alfredo como Américo, ex obreros industriales ambos, amortiguan su incertidumbre por la cuestión laboral militando en una ex fracción del Movimiento Teresa Rodríguez de La Paloma, ahora MTD. Incertidumbre que a la hora de avizorar algún cambio en la realidad económica y social se convierte en resignación y desconfianza, como parece desprenderse del testimonio de Américo:

“Digamos que gobierne quien gobierne, no lo va a hacer para los pobres. Yo creo que esto para los pobres siempre va a ser igual a menos que te saques el PRODE... Después, el pobre siempre va a estar trabajando por el pedazo de pan y por ver si puede hacer estudiar a los hijos, cosa que nunca se pudo acá en Argentina... Tenemos que andar cortando rutas, calles para que nos den un poco de mercadería, siempre va a pasar lo mismo, o sea que estamos igual, para mí estamos igual. Yo trabajé desde los 12 años, prácticamente no tengo nada de estudios, toda la vida la he pasado luchando, luchando, luchando... así con la experiencia uno va sabiendo lo que es la vida ¿entiende?”.

Rodríguez comparte la resignación de Américo. Vino de Santiago del Estero hace cuarenta años. Después de hacer el servicio militar entró como operario en una fábrica de plásticos reforzados en Villa Ballester, donde trabajó veinte años hasta que lo despidieron en 1996. Además de reconocer las protecciones laborales que tenía como obrero recuerda que *se ganaba buena plata. La plata alcanzaba. Uno podía salir a pasear, comerse el asadito el fin de semana. Se estaba cómodo, se ganaba bien y después ya se empezó a empeorar, después que entró Menem empezó a decaer, empezaron a no pagarnos las quincenas juntas, pero laburo teníamos, siempre trabajamos de 6 a 6, 12 horas y sábado hasta el mediodía.* Después de estar un año sin trabajo, Rodríguez trabajó entre el 97 y el 2001 en Coca Cola, como personal de limpieza. Este ya fue un trabajo precario, no estaba registrado ni tenía ninguna protección laboral. Lo despidieron hace dos años. Desde entonces Rodríguez no tiene empleo estable: alterna alguna “changa” en la construcción que le consigue su hermano con su trabajo comunitario en un movimiento de desocupados. En el 2002, tanto él como su mujer consiguieron el plan Jefas y Jefes de hogar. Su mujer hace algunos trabajos de bordado que logra vender en Capital. Ahora aquellos años donde se conseguía empleo fácilmente en La Paloma y en la zona y donde se respetaba al trabajador: *Ahora te pagan y te hacen trabajar lo que ellos quieren. Total si te largan hay cincuenta esperando atrás.* Con cincuenta y nueve años, Rodríguez cree que ya no va a conseguir otro trabajo similar a los que tuvo.

La resignación de Rodríguez contrasta con el entusiasmo de Pedro, a pesar de tener un recorrido laboral atravesado por mayor inestabilidad:

“Yo soy un tipo que nunca se dio lujos ni nada. Nunca estuve muy bien económicamente. Siempre hice los trabajos de la clase nuestra, que es el de albañil, trabajos de limpieza. Trabajé en Molinos, seis años. Estaba en la parte de embalaje, en la exportación. Ahí tenía un buen sueldo y aportes. Pero me echaron por empezar a agitar, a levantar a la gente, armar un poco la movida ahí. Conmigo echaron como a trescientos el mismo día... Eso fue en el 2001. Ahí empecé a laburar acá en el barrio, estuve juntando cartón en la calle, he hecho de todo. Empecé a vender garrafas en enero, con un par de garrafas prestadas. También salgo a vender mantecoles los fines de semana en la esquina. Me la rebusco de todo hasta el día que pueda conseguir un laburo o que me pueda instalar acá”.

¿Te gustaría volver a tener un laburo como el de Molinos, un laburo estable, con aportes?

“Y sí, me encantaría porque hoy por hoy lo necesito por la obra social. Tener un patrón no me gustaría pero bueno... es lo que hay, otra no nos queda”.

Gladys, la propietaria del kiosco frente a la plaza es maestra jardinera, pero nunca pudo ejercer en el barrio y tampoco en la zona. Desde hace un tiempo atiende el kiosco desde el mediodía, pero dice no obtener ganancias, *sólo para pichulear*. Su marido, ex obrero industrial está desocupado y realiza changas de pintura. Para ella, junto con la inseguridad, la desocupación es el principal problema del barrio: *casa por medio hay un desocupado*. Cristian y Claudio tampoco conocieron la experiencia de un trabajo estable y con protecciones. Con 18 años, Cristian buscó trabajo en La Paloma y en la zona:

“Hasta me fui a Capital. Pero nada. Si no tenés secundario por lo menos no conseguís nada. Ahora me puse a estudiar para ver si lo termino de noche y puedo tener un título. Así consigo algo”.

Pero el temor no desaparece en aquellos que todavía tienen trabajo. Ante el horizonte de incertidumbre laboral instalado desde hace una década en la Argentina, los que gozan de un empleo formal temen a perder su puesto en cualquier momento. Esto modifica, condiciona ciertos comportamientos en el ámbito laboral. Daniel es uno de los jóvenes obreros industriales que hemos encontrado en nuestro recorrido por La Paloma. Tiene 31 años y lleva un tiempo trabajando como operario en la fábrica de vehículos *Ford* de Pacheco. Fue testigo privilegiado del proceso de ajuste y reducción de personal implementado por la empresa en los 90:

“La fábrica de Ford: empleaba doce mil personas. En el 96 quedaron seis mil. Luego redujeron a dos mil trescientos en el 98 y ahora son mil setecientos. Yo entré hace unos años (no precisa cuántos) por contactos. Ahora estoy trabajando en la cadena de montaje (proceso de cataforesis). Los obreros debemos hacer distintas funciones (intercambio

constante entre trabajo técnico-productivo y trabajo administrativo). *Y tenés que hacerlo porque sino puede que te quedes sin trabajo. Trabajo ocho horas, pero si me invitan a quedarme, me quedo”.*

5.3. Desconfianza hacia el otro político y vecinal

No se ha detectado hasta el momento una tradición de organización política, social y cultural comunitaria en el barrio. Actualmente, La Paloma no cuenta con una densidad institucional considerable que exprese una trama asociativa de vasto alcance. Desde una mirada retrospectiva, existieron en los años 70 algunas fracciones de sindicalismo combativo, particularmente delegados de las industrias metalúrgicas y automotrices, así como también de los astilleros, que han sido víctimas de la represión durante la última dictadura militar. Asimismo, hubo un importante trabajo territorial de la organización Montoneros y del ERP, que se extendía también por zonas aledañas al partido de Tigre. También ellos fueron cuadros ferozmente reprimidos por la policía local, quienes en muchos casos eran empleados en los astilleros navales.

En relación con la gravitación del sindicalismo, los testimonios recogidos dan cuenta de una debilidad de la estructura gremial ligada a la industria en el barrio y en Tigre en general, fundamentalmente en la década del 90, período en que se registraron los despidos masivos. Algunos puntos de vista calificaron de “abusivo” al sindicalismo tigrense de los años 90, que acompañó con complicidad el proceso de deterioro y precarización laboral de sus representados.

En cuanto a la operatoria política, el municipio ha desarrollado una estrategia de cooptación de organizaciones con matriz comunitaria y de intervención o discriminación con las agrupaciones piqueteras que intentaron desarrollar acciones sociales de distinta índole en el barrio (proyectos productivos, colaboración con la obra pública, arreglos y mejoramientos edilicios, etc.). La trama clientelar orquestada por estos punteros calificados se anuda con un acendrado verticalismo que permea algunas organizaciones civiles, en tanto rasgos salientes de cierta cultura política barrial.

Para Carlos, presidente de la Cooperadora de la Escuela N° 15, ubicada fuera de La Paloma pero a la cual asiste el cuarenta por ciento de los alumnos de ese barrio, el Municipio no permite trabajar coordinadamente ni da espacio a la participación, mucho menos tolera el desarrollo autónomo de acciones comunitarias:

“Lo que hace el Municipio es tratar de alguna forma de infiltrar su gente y tratar de ir forzando que las comisiones directivas de las distintas instituciones trabajen en un sentido funcional a él”.

Para otros como Guillermo, la actividad de los movimientos piqueteros es mirada con desconfianza:

“Los del Polo Obrero crecieron tanto que quisieron acaparar un club que estaba cerrado, entonces la gente se tuvo que organizar para que no acaparen tantos lugares. Era un club de barrio, el Mitre, donde los piqueteros se querían meter para hacer comedores o no sé qué, y la gente se empezó a mover para que no se convierta en algo político, porque ese era un club del barrio y por suerte lo reabrieron. La gente del barrio empezó a armar comisiones e impidió que esa gente también se metiera ahí”.

Pero para Nora²⁵ la desconfianza y el escaso afán de participación se extiende a las relaciones entre los vecinos mismos:

“Hay una falta de educación, la gente es muy primaria. Yo lo veo desde acá (club Mitre): no dejan hacer al otro, no hay colaboración, no saben lo que es trabajar en grupo. Fue muy claro el 9 de julio: respondieron las instituciones y la gente no respondió. No se pudo hacer el desfile de la Prefectura porque la gente no salió a la calle. Buscaban su propio beneficio. La gente vino a bailar después de las dos de la tarde. ¿Qué es lo que pasa? No hay concientización de lo que es lo civil. Entonces vos decís, ¿qué es lo que quieren, cuando en cuarenta años no se hizo nada acá en la institución? Hay mucha ignorancia acá, lamentablemente. (...). Yo creo que es un problema de muchos años, de una política muy tradicionalista, que la gente no se organiza. No hay líderes tampoco en el barrio, eso es lo que falta, el referente barrial”.

Sin desconocer esta reciprocidad negativa, Daniel –actual presidente del club Mitre– plantea una relación instrumental con la política institucional: *yo uso a los políticos para obtener beneficios, pero no me comprometo con ellos.*

En relación con la inseguridad civil, un atisbo de acción colectiva se registró hace aproximadamente un tres meses y medio atrás. En una semana, mataron al comerciante de un videojuego y asaltaron a otros. El clima estaba enrarecido. Hablamos con algunos de ellos y marcaban su hartazgo ante la impunidad con que se manejaban estos “pibes del barrio, que nos criamos juntos, pero ahora andan con un arma y te pasan por arriba”. Carteles pegados en algunos negocios convocaban a una marcha para el viernes 4 de junio a las 18 horas. “Basta ya” proclamaban. A las seis de la tarde de ese día unas veinte personas se congregaron en la esquina del videojuego donde había sido asesinado el comerciante. Un hombre de aproximadamente cincuenta años, ex puntero político del peronismo, aparecía como el organizador de la movilización. A cada vecino que pasaba por el lugar le comentaba el motivo de la movili-

²⁵ En el momento de la entrevista Nora era secretaria del club Mitre.

ción y anunciaba que en pocos minutos más llegaría la cámara de canal 9. De pronto llegó un productor de ese canal con la cronista. Le pidió al organizador que bajara a la gente de la vereda a la calle, cortara ésta con dos patrulleros y empezaran a cantar. La luz de la cámara atrajo a los curiosos. Para las 19:30 eran aproximadamente cien personas. Un grupo se encolumnaba detrás de una bandera que reclamaba justicia por el comerciante y por otro joven asesinado meses atrás. Pero los manifestantes con algunas pancartas en las manos caminaban en silencio. No hubo insultos a la policía, cuyos agentes observaban desde los patrulleros, tampoco a políticos. Algunos adolescentes que llegaron en su bicicleta comentaban el episodio: “Se les fue la mano con el viejito. Todo para afanarle tres pesos. Si querés hacerlo, hacerlo fuera del barrio. ¿Qué necesidad tenés de meterte con la gente del barrio?”. Tras el acontecimiento mediático, el reclamo se desvaneció. No hubo registro de una continuidad en la organización de reclamos o nuevas movilizaciones.

6. Reflexiones finales

En la primera parte del trabajo retomamos dos tipos de inseguridades analizadas por Robert Castel: la inseguridad civil y la inseguridad social. Una está vinculada a la ausencia de las libertades fundamentales y a la falta de resguardo para la propiedad de sus bienes en el marco de un estado de derecho; la otra designa un deterioro en la situación del individuo (salud, enfermedades, pérdida del empleo, etc.) que puede culminar en la decadencia social (Castel, 2004, p.15). La inseguridad supone estar expuesto a estos acontecimientos. En su efecto más durable, impide cualquier tipo de control sobre el presente y el futuro. La crisis de la sociedad salarial y la ausencia de protecciones colectivas ha dejado en estado de vulnerabilidad e inseguridad al individuo en la medida que atraviesan una serie de rupturas con distintos colectivos de pertenencia.

El deterioro del lazo social tuvo alcances inéditos para la otrora integrada sociedad argentina. Durante los años 90, la profundización de un modelo económico concentrador y excluyente iniciado en 1976, consolidó un proceso de polarización social donde los sectores dominantes se apropiaron de la transferencia de ingresos fomentada por una distribución regresiva, mientras que vastos sectores medios comenzaban un proceso de movilidad social descendente, sumado al empobrecimiento de la clase trabajadora y el crecimiento de los sectores marginales. Así, de la fragmentada trama comunitaria emergieron nuevas subjetividades, algunas en tensión con la legalidad. Entre ellas se encuentran las experiencias de los jóvenes de los sectores populares protagonistas de una historia de inestabilidad y precaria vinculación con las instituciones del mundo formal, como el empleo, la educación y la seguridad social.

Las condiciones de integración y sociabilidad en La Paloma se han visto afectadas por este proceso socioeconómico más general. Un barrio que nació y creció impulsado por el

desarrollo industrial en los años 70, con alto nivel de empleo, flujos migratorios importantes y un considerable porcentaje de la población que rápidamente se convertían en propietarios de su vivienda, sufrió ostensiblemente las mutaciones estructurales durante la década pasada. Si la inseguridad civil había permeado desde los orígenes el barrio, estigmatizándolo como “violento” y “peligroso”, en los últimos años, el cierre y achicamiento de fábricas cercanas al barrio, fomentaron un elevado índice de desempleo y precarización laboral. Del operario fabril al “changarín”, el trabajo se volvió inestable, mal remunerado, factor de incertidumbre y temor. Temor al delito e incertidumbre por la falta de trabajo fueron las problemáticas más reveladoras del sentimiento securitario desde las percepciones de varios de sus habitantes.

Con todo, la peligrosidad del barrio es relativizada por sus habitantes. Lejos de un todo homogéneo, surgen en los relatos distintas gradaciones en torno a las zonas de mayor peligro, aquellas más transitables o por las que está prohibido circular. El peligro aumenta a medida que se nombra una zona más alejada de donde vive el entrevistado. Pero las percepciones no siempre coinciden con las prácticas concretas: los sectores del barrio mencionados como “pesados” están atravesados por las mismas interacciones cotidianas que aquellos “más transitables” aun cuando la circulación sea menos frecuente. Pero donde termina La Paloma y empieza otro barrio, es el emplazamiento más nítido y consensuado para localizar el peligro: un límite geográficamente difuso pero que asume nombres reconocidos y estigmatizados: la villa, “los del fondo”, “el sector más pesado”. El verdadero peligro es itinerante y exterior: proviene desde aquellos lugares inhóspitos y no existe modo de regular su entrada en el barrio. Las Tunas, San José, Parque San Lorenzo, entre otros, representan los cambiantes universos del “bajo peligroso”: *Ahí sí que te sacan todo y está bravo. Acá hay inseguridad pero como en todos lados*²⁶.

En el desplazamiento del otro exterior al otro interior, se coexisten un sentimiento vergonzante por el afecto que traba el vínculo con jóvenes delictivos que conocen desde siempre, con la indignación provocada por la ruptura de códigos (el robo en el barrio, la violencia y el ataque a los conocidos y vecinos). En general, el joven sin trabajo y sin estudio que recorre el barrio sin itinerario fijo, carga con el estigma de *chorro y drogado*. Su sola presencia en una esquina o en la vereda ya supone una amenaza. Pero quienes han tenido algún pasado similar o para aquellos que están involucrados en alguna actividad de asistencia social, la actitud es más comprensiva y condescendiente. En este caso, la responsabilidad se desplaza a la falta de trabajo, la persecución de la policía, la negación de oportunidades por parte del Estado y la ausencia de regulaciones externas.

Las palabras y las cosas. De la precaución para caracterizar el delito en el barrio a la sobresaturación de dispositivos para disminuir el peligro. La Paloma está enjaulada. Las omni-

²⁶ Entrevista del autor realizada a Jorge Cordero, La Paloma, Tigre, 26 de mayo de 2004.

presencia de las rejas, portones, cadenas, etc., evidencian una fuerte preocupación por la defensa de la propiedad y cierta confiabilidad en esos elementos “técnicos” como factores de disuasión del temor. Sin embargo, los modos de regulación del temor se extienden a un repertorio de estrategias que van desde la privatización del espacio público, la determinación de horarios de entrada y salida, la tematización en las relaciones intersubjetivas hasta la implementación de una serie de códigos de convivencia con los “otros intimidantes”: actuar un saludo, forzar una conversación al paso y, en el extremo, pagar un peaje. En la tensión que supone esta cotidianeidad, dichas estrategias se van naturalizando y se funden en el paisaje urbano. Sin embargo, un factor externo se vuelve incontrolable y paralizante: el consumo de droga, catalizadora del robo indiscriminado y, eventualmente, la agresión física. Esta nueva situación que rompe con todo código urdido en la relación adentro-afuera, conocido-desconocido, vecino-foráneo, con cualquier organización normativa de la convivencia, expresa *el estado más puro del temor*.

En cuanto a la inseguridad laboral, sus efectos se desplazan del miedo a la incertidumbre para culminar con la resignación en algunos casos. Del trabajo formal a los planes sociales, el trabajo se volvió esquivo y en el mejor de los casos, precario. Los adultos constituyen la franja etárea con mayor inserción en el empleo informal: construcción, obra pública pero fundamentalmente, el desarrollo de algún oficio en su propia vivienda. Mientras que una considerable porción de jóvenes carece de empleo y también de estudio. Quienes buscan trabajo temen no conseguir por la falta de una credencial educativa que los habilite. Los que tienen un trabajo precario, añoran los “años industriales”, con empleo estable, protección laboral y buenos salarios. Les permitía además otra sociabilidad, menos acotada al barrio y más enriquecedora en términos de progreso. Pero aquellos que mantienen un empleo estable tampoco están exentos del temor por perderlo o la incertidumbre por la perdurabilidad de los mecanismos de flexibilización: estos temores se actualizan a la hora de cumplir horas que no se pagan, realizar dos tareas diametralmente distintas o resignar un recorte de salarios. Ni la organización sindical ni la comunitaria han emergido hasta el momento como formas de acción colectiva, tendientes a reclamar y generar alternativas para revertir este escenario de fragmentación social.

ANEXO

ENTREVISTAS REALIZADAS:

Funcionarios:

- Carlos Pinto, Oficina de Empleo Municipio de Tigre (mayo 2003)
- Gustavo Truva, Delegación Municipal (mayo 2003)
- Roberto Gaspareto, Concejal Acción Vecinal (mayo 2003)
- Cristian Ruidíaz, Unión Industrial de Tigre (junio 2003)
- María, Directora Escuela N° 47 (agosto 2003)
- Walter Juárez, Director Centro de Salud (septiembre 2003)

Vecinos, dirigentes sociales:

- Américo Rovira, MTR (mayo 2003)
- Justo Alegre, MTR (mayo 2003)
- “Kilo”, MTR (junio 2003)
- Lito y Héctor, MTR 12 de Abril (junio 2003)
- Nora Reinosi, club Mitre (junio 2003)
- Cristian, CTD Aníbal Verón (julio 2003)
- Carlos Capurro (agosto 2003)
- Jorge Castro, Cooperadora Escuela N° 15 (agosto 2003)
- Claudia Rodríguez, Centro Yayapó (agosto 2003).
- Ángela Torres, Trabajadora Escuela N° 35 (agosto 2003)
- “El Paraguayo”, ex trabajador fabril, actual peluquero (septiembre 2003)
- Daniel Donda, operario fabril (octubre 2003)
- Eliana Córdoba (noviembre 2003)
- Guillermo López, (noviembre 2003)
- Francisco Rodríguez, (mayo 2004)
- Jorge Cordero, dirigente FTV (mayo 2004)
- Marta Rodríguez, (mayo 2004)
- Gladys Sardón (junio 2004)
- Pedro Colombo (julio 2004)

BIBLIOGRAFIA

- BARBERO, Jesús Martín (2002a): "Reconfiguraciones comunicativas de la socialidad y reencantamientos de la communication identidad", ponencia presentada en el I Encuentro franco-mexicano, México.
- BARBERO, Jesús Martín (2000): "La ciudad: entre medios y miedos", en Susana ROTKER (editora): *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, pp. 29-35. Caracas.
- BECK, Ulrich (1997): Teoría de la sociedad de riesgo", en J. BERIAIN, J. (comp.): *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, pp. 201-222. Anthropos, Madrid.
- CASTEL, Robert (2004): *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Manantial, Buenos Aires.
- CASTEL, Robert: "Empleo, desocupación, exclusiones". Documento de trabajo, seminario de investigación *Exclusiones*, (1999). Centro Franco-Argentino de Altos Estudios.
- CASTEL, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*. Prólogo y Conclusión: El individualismo negativo. Paidós, Buenos Aires.
- GIDDENS, Anthony (1994): *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- GIDDENS, Anthony (1997): "Vivir en una sociedad postradicional", en A. GIDDENS y S. LASH: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Editorial, Madrid.
- KESSLER, Gabriel (1997): "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento", en Maristella SVAMPA (edit.): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, pp. 25-50. Biblos, Buenos Aires.
- KESSLER, Gabriel (2002): "Entre fronteras desvanecidas. Lógicas de articulación de actividades legales e ilegales en los jóvenes", en G. KESSLER y S. GAYOL (comp.): *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Ed. Manantial/Universidad Nacional de Gral. Sarmiento, Buenos Aires.
- LECHNER, Norbert (1989): *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LUHMANN, Niklas (1998): *Sociología del riesgo*. Cap. 1: El concepto de riesgo. Triana, México.
- MERKLEN, Denis (2000): "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del gran Buenos Aires hacia fines de los 90", en Maristella SVAMPA (edit.): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, pp. 81-119. Biblos, Buenos Aires.
- PEGORARO, Juan (2003): "Una reflexión sobre la inseguridad", en *Argumentos 1*, Buenos Aires.
- REGUILLO CRUZ, Rossana (1998): "Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad". Ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC): *Ciencias de la Comunicación: Identidades y Fronteras*. Grupo de Trabajo "Comunicación, identidad y cultura urbana". Universidad Católica de Pernambuco, Recife, Brasil.
- ROTKER, Susana (editora) (2000): *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, Caracas.
- ROSANVALLON, Pierre (1995): *La nueva cuestión social*. Cap. VII: La individualización de lo social. Manantial, Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella (2000): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Introducción, pp. 9-24. Biblos, Buenos Aires.

Cuadernos de CLASPO - Argentina

Títulos publicados:

- Nº 1. KARINA BIDASECA: «Vivir bajo dos pieles... En torno a la resignificación de las políticas sociales y la complejización del vínculo con el Estado. El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano».
- Nº 2. ALEJANDRA COSOVSKI: «Las prácticas participativas en salud. El caso de los Municipios Saludables: el Municipio de General Rodríguez».
- Nº 3. CARLA MURIEL DEL CUETO: «Desde el barrio. Un estudio sobre acción cultural en dos barrios del Gran Buenos Aires».
- Nº 4. FABIANA LEONI Y MARIANA LUZZI: «Rasguñando la lona. La experiencia de un club de trueque en el conurbano bonaerense».
- Nº 5. MABEL LÓPEZ OLIVA: «Violencia familiar en la Ciudad de Buenos Aires: Un estudio sobre la dinámica de relación entre organizaciones no gubernamentales, poder judicial y otros servicios estatales frente a las denuncias judiciales».
- Nº 6. LAURA MARTÍNEZ PORTA: «La Universidad como agente de desarrollo local».
- Nº 7. PEDRO NÚÑEZ: «(Des)igualdad, necesidades y legitimidad. Un acercamiento a los criterios de justicia en sectores populares».
- Nº 8. GABRIELA POLISCHER: «Paradojas del asistencialismo: Una mirada a partir del caso de un comedor comunitario».
- Nº 9. GABRIELA WYCZYKIER: «Las estrategias de las organizaciones de la sociedad civil frente a los problemas de empleo: Un estudio de casos a partir de la articulación de niveles de acción micro-macro».
- Nº 10. NINA ZAMBERLIN: «Las organizaciones de la sociedad civil en el campo de la salud sexual y reproductiva. Estudio de caso: el Centro de Promoción del Joven».
- Nº 11. HUGO DANIEL ÁLVAREZ: «Mejoramiento habitacional y desarrollo de capacidades en un barrio del Conurbano Bonaerense. Estudio de caso».
- Nº 12. PABLO BONALDI: «Análisis de la implementación del Programa de Apoyo a Grupos Comunitarios».
- Nº 13. OLGA G. BRUNATTI: «La asistencia a la víctima de "violencia familiar": tres instituciones sociales no gubernamentales y un ámbito especializado de la esfera jurídica abordando un mismo problema social».
- Nº 14. SERGIO CAGGIANO: «"Hacer presente a Bolivia". Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos, red institucional e "interconexiones"».
- Nº 15. DAMIÁN GUSTAVO CORRAL: «Inseguridades, incertidumbres y modos de regulación en los sectores populares. Un abordaje sobre las representaciones sociales y lógicas de acción en un barrio del conurbano bonaerense».
- Nº 16. SEBASTIÁN ESSAYAG: «La participación ciudadana como estrategia de fortalecimiento de la Atención Primaria de la Salud: un estudio de caso».
- Nº 17. LUIS FARA: «Estudio de caso: Cooperativa de Vivienda, Consumo y Servicios Sociales Monseñor Angelelli Ltda.».
- Nº 18. ALICIA GONZÁLEZ ANDRADA: «Planificación estratégica participativa: Tensiones y conflictos en la lógica de inclusión social en la Ciudad de Buenos Aires».
- Nº 19. SEBASTIÁN PEREYRA: «¿De las acciones de lucha a los proyectos productivos? La experiencia de la Unión de Trabajadores Desocupados de Gral. Mosconi en Salta».
- Nº 20. MARÍA LAURA RAFFO: «Ciudadanía en construcción. Un estudio sobre organizaciones de travestis en la Ciudad de Buenos Aires».
- Nº 21. FERNANDO SANTIAGO Y MARINA GARCÍA: «La articulación de actores en el desempeño de las políticas sociales. Estudio de caso: la comunidad de Barrufaldi en el Conurbano Bonaerense».
- Nº 22. CRISTINA B. TORRES: «La participación en las políticas sociales: el papel de los Consejos Consultivos. Los espacios de articulación multiactorales en la gestión de las políticas públicas locales. El Consejo Local Económico Social de Esteban Echeverría. Un estudio de caso».